EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LA HOSPITALIDAD

EPISODIO DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

Don Angel María Segovia



MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.º

1891

LA HOSPITALIDAD

LA HOSPITALIDAD

EPISODIO DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON ANGEL MARÍA SEGOVIA

Estrenada con extraordinario éxito la noche del 2 de Abril de 1891 en el TEATRO LARA



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1891

A Doña Claudia del Valle

Madre mía: Usted, con la nobleza de sus sentimientos, me inspiró esta obra.

La grandeza de la idea que encierra, es de usted; por eso es buena.

Cuando, hace tres meses, me aseguraba usted un éxito con ella, y yo la ofrecí dedicársela, ¡quién nos diría, madre de mi alma, que usted no había de participar del éxito!..............................

....

....

Adios, madre.

Angel

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CLAUDIA....	SRA. RODRÍGUEZ.
PEPE.........................	SR. RUIZ DE ARANA.
RAMOS......................	GALVÁN.
MARIANO....................	RUBIO.
BELTRÁN....................	RAMIREZ.
CUEVAS.....................	PÉREZ.

La escena en las cercanías de un pueblo de Aragón el año 1873

ACTO ÚNICO

Sala baja espaciosa, en casa de labranza. A la derecha segundo término el hogar, donde arden gruesos troncos; dos bancos rústicos. En primer término puerta de un granero. Frente al hogar una mesa con varias sillas de madera. A la izquierda, segundo término, una escalera practicable que conduce al pajar. En primer término puerta á otro granero. Al foro puerta que dá al cobertizo, y en él otra puerta que dá al campo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

CLAUDIA y MARIANO

(Claudia entretenida en fajar a su niño, sentada próxima al hogar. Mariano enfrente, leyendo un libro. Se oyen sonar lejos diez campanadas.)

CLAU. ¡Dios mío, la diez!
MAR. Así
lo dice el reloj del pueblo;
que no sé cómo se oye,
con la noche que está haciendo.
CLAU. ¡Y Pepe aún sin venir!
¡Santo Dios!
MAR. No tengas miedo,
que Pepe...
(Asustándose porque brilla un relámpago.)
¡Jesús!
CLAU. ¿Eh? ¿Qué?
MAR. Nada; ya verás qué trueno. (Se oye un trueno.)
(Asustado y santiguándose.)
¡Santa Bárbara bendita!

CLAU. Está visto, ya no puedo
sufrir más. (Levantándose.)
MAR. ¿Qué vas á hacer?
CLAU. ¿El qué? Marchar hasta el pueblo,
á preguntar por mi Pepe:
á saber...
MAR. ¡Válgame el cielo!
Hermana, ¿estás loca?
CLAU. Hermano:
después del combate horrendo,
que esta tarde se ha librado...
MAR. Del que Pepe salió ileso;
mujer, ¿no ha venido antes
á abrazarnos?
CLAU. Pero el fuego
duraba aún hace poco.
MAR. Hace dos horas, lo menos,
que no se oye sino alguno
que otro tiro; y son los nuestros,
que van detrás de los carcas,
corriendo por esos cerros.
¡Buena paliza han llevado!
CLAU. Ese Ramos es muy fiero:
y aun con la derrota de hoy,
hay que temerle. (Vuelve á sentarse.)
MAR. ¡Ah! Eso
ya se sabe: el cabecilla
Ramos es el más tremendo;
pero por hoy nada temas:
tu marido ha ido al pueblo
á lo que tenga que hacer,
pero pronto le tendremos
de vuelta. Si no estuviese
tan mala noche, y tan lejos
el pueblo de vuestra casa,
yo iría ¡vaya! corriendo;
pero con la noche que hace
de relámpagos y truenos...
CLAU. ¡Pobre Mariano!
MAR. No, no.
Yo.., sí, soy cobarde, pero...
(Llaman afuera dos aldabonazos.)
¡Jesús! (Dando un respingo.)
CLAU. ¡El es! ¡Abre, corre!

MAR. ¿Yo? ¡Allá voy!
(Temblando y yendo de un lado á otro.)
CLAU. ¿Tienes miedo?
MAR. No... ¡Vá allá!..
CLAU. Ten así el niño.
(Le entrega el niño, y vánse corriedo por el foro.)

ESCENA II

MARIANO, con el niño en brazos.

¡Bien! ¡Bonita situación!
La merezco, ¡por mi fé!
Pero, Dios mío, ¿por qué
he de ser tan cobardón?
Yo comprendo que el valiente
y el buen vino düran poco;
que el que es valiente es un loco,
á quien vence el más prudente.
Sí, señor; es gran verdad,
que se basa en la experiencia;
pero, diantre, mi prudencia
es una calamidad.

ESCENA III

CLAUDIA, PEPE y MARIANO

PEPE (Quitándose una manta que trae, y dejando el fusil en un rincón.)
Hola, Mariano.
MAR. Adiós Pepe.
Deseando que vinieras
estábamos todos.
CLAU. Dame
el niño.
MAR. Toma. Y con esta
noche quería mi hermana
ir en tu busca, ¡friolera!
PEPE Pues no hubiera sido mala
tontería.
MAR. ¡Una imprudencia! (Se sienta á leer.)

PEPE ¿Duerme el chiquitín?
CLAU. Sí, mírale,
con la boquita entreabierta
y la sonrisa de un ángel.
PEPE ¡Qué hermoso! ¡Bendito seas!
Voy á subirle á su cuna,
y vuelvo pronto.
PEPE No, espera;
antes quiero darle un beso,
aunque despierte, ¿sí?
CLAU. Besa.
PEPE Este es el mayor tesoro
que existe sobre la tierra,
¿verdad, Claudia? Una mujer
hermosa como tú, y buena,
un hombre que la idolatra,
y vé su ventura en ella;
y para colmo de dichas,
de felicidad suprema,
un ángel que une sus almas
con la más dulce cadena.
CLAU. Sí, Pepe; por eso pido
á Dios que esta infausta guerra
termine pronto.
PEPE ¡Ah! Eso...
Sube, Claudia mía; acuesta
al chiquitín...
CLAU. Y en seguida
me tienes aquí de vuelta. (Sube con el niño.)

ESCENA IV

PEPE y MARIANO

PEPE ¡Pobre mujercita mía!
Por ella, sólo por ella
siento á veces... hasta miedo
de que una bala certera
la deje desamparada,
y... ¡bah, fuera estas ideas
de bonachón! La venganza
es una cosa tan buena...
¡Hola, cuñado! (Reparando en Mariano.)

MAR. (Sobresaltado.) ¿Eh? ¿Qué?
PEPE ¡Já, já, já! Pero, babieca,
¡que siempre has de estar temblando.
hombre!
MAR. No... yo... (Levantándose.)
PEPE (Muy cariñoso.) Ven... más cerca.
¿Tiénes también miedo de
mí?
MAR. ¿De tí? Pues bueno fuera
Al contrario, estando tú
en casa, siento una fuerza
y un valor, que el mismo Ramos,
tan cabecilla y tan fiera,
se quedaría á mi lado
tamañito.
PEPE ¿Ramos? Buena
persona has ido á nombrar.
MAR. Estando tú aquí, que venga,
que venga. (¡Uy, Dios no me oiga!)
PEPE Pues quizás esté muy cerca
de aquí, escondido entre zarzas,
ó albergado en una cueva.
MAR. ¿Cerca de aquí? (Disimulando el terror.)
PEPE De seguro.
No ha tenido tiempo apenas
de salvarse de las manos
de nuestra gente; sus fuerzas,
algunas desperdigadas,
y las demás prisioneras;
mas á él ni muerto ni vivo
hasta ahora se le encuentra
MAR. (Ya no duermo yo tranquilo.)
PEPE Y la noche está tremenda;
de modo que en la montaña
se va á divertir de veras.
MAR. (Pues, lo que es yo no las tengo
todas conmigo.)
PEPE Ea, ea,
á dormir, ¿eh, Marianito?
Tendrás sueño.
MAR. No lo creas;
despierta tanto interés
esta preciosa novela...
PEPE ¡Ah! ¿novelas lees ahora?

¿Ya dejaste las comedias?
Porque esa era tu manía...

MAR. Y lo sigue siendo; esta
es una excepción; la leo
porque creo yo que de ella
he de sacar argumento
para escribir una pieza,
y llevarla á Zaragoza
para ponerla en escena.

PEPE Pero... ¿á la casa de locos?

MAR. Bien, ríete lo que quieras;
pero en los juegos florales,
la última primavera,
sabes que obtuve un accésit.

PEPE Sí, ya sé que eres poeta.

MAR. Por eso dijo mi padre:
«Bueno sería que fueras
al campo una temporada,
que allí es donde se encuentra
la inspiración, y los chistes,
mejor que metido en estas
ciudades donde no hay
poesía.» Y aquí es ella;
la poesía que encuentro,
son tempestades y guerra
y sustos á cada paso
y con vida y alma en pena;
y á todo esto sin poder
pensar en marchar siquiera,
porque siempre los carlistas,
por derecha y por izquierda,
nos tienen con Zaragoza
incomunicados.

PEPE Y esa
situación, ¿no te parece
buena para una comedia?

MAR. Para un drama, ya lo creo,
porque la cosa es muy séria;
pero para hacer reir
no sirven las cosas estas.

PEPE Pues, mira, chico, en el campo,
y en este tiempo de guerra,
suelen verse cosas grandes,
muy admirables escenas

que á veces son más hermosas
que las que inventa un poeta.

MAR. Pero, no serán de risa.

PEPE ¡Ah! Pero, ¿han de ser por fuerza
cosas de risa? Yo, chico,
entiendo poco de letras,
pero creo que el teatro
debiera ser una escuela
donde el público aprendiese
á admirar acciones bellas
de esas que el alma conmueven
y en lo más hondo penetran,
y que no se olvidan nunca
porque dejan honda huella.

MAR. ¡Bravo! Sí, pero con eso
no come el pobre poeta.
El público, en casi todos
los teatros de esta época,
está por reirse mucho
de un mamarracho cualquiera;
y á un pensamiento elevado
prefiere una gracia ó mueca,
un chiste de calendarío
ó una bufa zapateta.
¿Argumento de esas obras?
Ninguno, nadie lo encuentra:
un personaje que sale
por la puerta de la izquierda
da un saltito, canta un poco
y se va por la derecha.
Y el público grita: ¡bravo!
¡otra! Y repite la escena.

PEPE ¡Já, já, já! ¡Pues tiene gracia!
Vaya, á dormir; mas ¿no cenas?

MAR. No, Pepe; yo ya he cenado
antes de que tú vinieras.
Oye, ¿podremos dormir
sin cuidado?

PEPE A pierna suelta.

MAR. Pues, adiós, hasta mañana,
si Dios quiere.

PEPE (Acariciándole.) Adiós, poeta.

ESCENA V

PEPE y CLAUDIA

PEPE ¡Pobre Mariano!
CLAU. (Bajando por la escalera.) Ya está
tan dormidito; dispensa
que haya tardado.
(Se dirige al hogar y pone sobre la mesa la cena.)
PEPE No importa.
¿El niño?
CLAU. Despertó, apenas
le eché en la cuna; ¡qué tuno!
¡Cómo halla la diferencia!
Va á ser más listo que un lince.
PEPE ¡Já, já, já!
CLAU. Ya está la cena;
¿vamos?
PEPE Mira, Claudia, ahora,
mejor que cenar, quisiera
beber un trago; más tarde
tomaré cualquier friolera.
CLAU. ¿No tienes ganas?
PEPE No es eso,
sino que hay que estar alerta
toda la noche, por si
algo extraño aconteciera.
CLAU. ¡Algo extraño!
PEPE Puede ser;
estamos á más de media
legua del pueblo; á cien pasos
de nuestra casa, comienza
á empinarse la montaña,
que aunque de breñas cubierta,
no ofrece bastante albergue
en una noche como esta.
CLAU. ¡Ah! ¡desgraciado del que
en tal situación se vea!
PEPE Pocos serán; los más de ellos,
como conocen la tierra
que pisan, habrán logrado
penetrar en la ribera;
pero algunos andarán

atontados entre breñas,
que pudieran intentar
entrar aquí por sorpresa,
y en venganza de la tunda
que para escarmiento llevan.
Lo que es Ramos, ha sufrido
una paliza soberbia.

CLAU. ¡Oh, funesto cabecilla!
Si con lo de hoy desistiera
de sus aventuras...

PEPE ¿Ramos
desistir? ¡Bah! No lo creas.
¡Y no lo permita el cielo!

CLAU. ¡Pepe!

PEPE Hasta que yo le tenga
cerca de mí.

CLAU. ¡Hasta cuándo
has de mantener idea
tan cruel?

PEPE Es la venganza,
que se agita en mi existencia,
que mueve todos mis pasos,
que no pienso más que en ella.

CLAU. Pepe, Pepe, tú eres noble
y valeroso, no quieras
arrojar mezquina mancha
sobre tan hermosas prendas.

PEPE Claudia, ese hombre maldito
nos ha hundido en la miseria.
Ese que, cuando muchacho,
iba conmigo á la escuela
y yo con él compartía
mis alegrías y penas,
dándome el nombre de hermano,
que yo acepté con nobleza,
pasó á mi lado su vida,
dándome tan claras muestras
de cariño, que le quise
como si un hermano fuera.
Lo que era mío, era suyo,
más llegó la hora funesta
de demostrarme su infamia
dándole un golpe á mi hacienda,
y la mitad me robó

sin que defenderme fuera
posible. Lejos del pueblo,
para evitar otra nueva
desgracia, llevóme mi
buen tío; más desde aquella
fecha, guerra declarada
nos juramos, pero guerra
franca y noble por mi parte
mientras por la suya pérfida,
pues hasta atacó á mi honra
con la vil calumnia artera.
Y en fin, tú sabes, cuatro años
hace que nuestras cosechas
se reducen á la nada.
Con su gavilla penetra
en nuestros campos, los tala
con crueldad y por sorpresa,
y nuestros ganados mata,
y en la miseria nos deja.

CLAU. Dios le dará su castigo;
Pepe, tengamos paciencia,
que algún día acabará
esta desdichada guerra,
y volverán nuestros campos
á dar hermosas cosechas.
Entonces acaso él
ande por lejanas tierras
implorando una limosna,
con el peso en la conciencia
de todo el daño que ha hecho
y la sangre que vertiera.
Pepe, nada de venganzas,
que de eso la Providencia
se encarga siempre. ¡Es tan noble
el perdonar las ofensas!

PEPE ¡Claudia, tú eres una santa!

CLAU. Vaya, ven aquí, á la mesa.
¡Tienes un vino tan rico!...

PEPE Mas no de nuestra bodega.

CLAU. ¡Ah! Eso no importa nada,
tenemos quien nos lo presta.

PEPE Vamos allá.

CLAU. Siéntate. (Le sirve vino.)

(Brilla un relámpago.)

¡Jesús! Sigue la tormenta.
(Llaman fuertemente á la puerta del foro.)

PEPE ¿Eh? ¡A estas horas llamar!

CLAU. Voy á acercarme á la puerta,
mas no abriré.

PEPE No, por cierto;
es decir, como no sea
alguna persona amiga. (Vase Claudia.)
Pero, ¿quién? ¡Es ya la media
noche! En fin...

CLAU. (Entrando.) ¡Ah! ¡Pepe!

PEPE ¿Quién?

CLAU. Es la oscuridad tan densa,
que nada he visto, y miré
con gran cuidado hacia afuera.
¿Quién es?—pregunté—y un hombre
contestó:—«En noches como esta,
no se pregunta quién llama;
abrid, y sea quien sea.»

PEPE ¡Dijo bien el que llamó!
¡Me ha dado una lección buena! (Vase á abrir.)

ESCENA VI

CLAUDIA, PEPE y RAMOS. Este entra con boina blanca, traje de guerrillero carlista, muy embozado en una manta. Una vez dentro se desemboza y dice:

RAMOS ¡Gracias en nombre de!... ¡ah!
(Al ver á Pepe se emboza de nuevo.)
(¡Vive Dios! ¡en buena parte
he venido á caer!)

CLAU. (Aludiendo á la acción de Ramos al volver á embozarse dice aparte á Pepe.) (¿Viste?)

PEPE (Inútil es que se tape.
Bien se vé que es de los carcas
que hemos zurrado esta tarde.)

CLAU. (Compasión hacia él, Pepe;
que al fin es un semejante.)

PEPE Ya que en mi casa has entrado,
tranquilo puedes sentarte
y dormir si tienes sueño,
y comer si tienes hambre.

No temas de mí ni un gesto
que pudiera molestarte,
que aunque en el campo luchamos
los dos con ódio insaciable,
no hay aquí, en mi noble hogar,
carlistas ni liberales.
Vienes en noche tremenda
á mi casa á refugiarte;
pides hospitalidad,
te la doy porque me place,
porque no debe negarla
el que de noble se alabe;
pues bien, dispón á tu antojo
de todo cuanto aquí hallares.

RAMOS (Con placer diera cien vidas
por librarme de este trance.)

PEPE Claudia, prepárale cena.

CLAU. Sí, Pepe, la hay abundante,
y aquí, en el granero cama,
para que luego descanse.

RAMOS Gracias, no puedo aceptarlo.
Un rincón donde ocultarme
y nada más.

PEPE ¿Nada más?
(¡Tanto empeño en ocultarse!)
De todos tus compañeros,
hombre, no conozco á nadie;
es decir, como no sea...

CLAU. ¡Pepe!

PEPE No, no he de nombrarle:
Y pues á nadie conozco
que deba de mí guardarse,
no comprendo por qué tienes
tanto afán en ocultarte.
Que eres un carlista, bueno,
ya lo sé, no hay que apurarse;
cenas ahora, descansas,
y mañana, en cuanto aclare
el día, yo mismo voy
hasta el monte á acompañarte.
Vamos, descúbrete hombre.

RAMOS (¡Dios lo ha querido, adelante!)
(Se desemboza y queda mirándole frente á frente.)

PEPE ¡Ramos!

(Saca el cuchillo que al cinto lleva y vá hacia Ramos. Claudia le detiene, interponiéndose. Ramos permanece inmóvil.)

CLAU. ¡Esposo, respeta
la hospitalidad!

PEPE (Contempla su cuchillo y lo arroja al suelo con furor. Pausa.) ¡Cobarde!
¿Qué vale esa tempestad,
de que huyes? Dí ¿qué vale
con la que aquí ha levantado
tu presencia miserable?

CLAU. ¡Pepe! (Conteniéndole.)

RAMOS ¡Basta ya de insultos!
Si quieres matarme, mátame;
podrá serte productiva
la hazaña, aunque no envidiable.
Desarmado por completo
y herido desde esta tarde,
sin miedo al agua, ni á rayos,
que estoy hecho á estos percances,
refugiado en una cueva
la herida estaba vendándome,
cuando en medio de la noche
siento patrulla acercarse
con hachones encendidos
y buscando, como canes,
algún pobre refugiado
entre esas oscuridades,
con el noble fin, sin duda,
como buenos liberales,
de insultarle, herirle luego,
y por fin asesinarle.

PEPE Bien, dejemos esas cosas...

RAM. Pronto termino.

PEPE Adelante.

RAM. Dejé la encharcada cueva
y quise al monte lanzarme,
pues dentro de él ya estoy libre;
le conozco como nadie;
mas no pude con lo oscuro
de la noche y el vendaje
de mi herida, conseguir
por este medio salvarme.
Echéme hacia atrás, buscando

amparo en esos corrales,
pero algún pastor maldito
me vió, corrió á delatarme,
y otra vez tuve que huir
sin saber dónde, cansándome
en vano; y calenturiento
y dispuesto ya á dejarme
asesinar, llamé aquí
rendido, loco, jadeante,
sin saber dónde llamaba
ni de tu casa acordarme. (Pausa.)
Sé que somos enemigos
de muerte, irreconciliables.
Quiero matarte ó morir
á tus manos, bien lo sabes,
y como esto es cuestión
de suerte, y aquí me trae
la mía, en tu mano tienes
mi vida; pocos instantes
tardará esa vil patrulla
en venir aquí á buscarme;
antes que entregarme á ellos,
yo te ruego que me mates.
Morir á bayonetazos,
á manos de esos salvajes,
no me agradaría; hiere
pues, con tu mano.

PEPE ¡Miserable!
El ódio que por tí siento
es tan inmenso, tan grande,
que la ilusión de mi vida
es la hora de vengarme.

CLAU. ¡Pepe, por la vida de
nuestro hijo!

PEPE Esposa, cálmate,
(Llaman á la puerta del foro.)

CLAU. ¡Llaman!

RAM. Ellos son.

PEPE ¡Silencio!

CLAU. Voy, sin abrir, á enterarme. (Vase al foro.)

PEPE (Acercándose á Ramos.)
No por bondad, no, por ódio,
prometo ahora salvarte;
mas con una condición.

RAM. Habla.
PEPE. Mañana á la tarde
me esperarás en el monte,
junto á la ermita del Angel;
allí, á solas, sin testigos,
los dos con armas iguales,
hasta morir ó matar.
¿Estarás?
RAM. Sí.
CLAU. Pepe, ¿sabes
quiénes son? Beltrán y Cuevas.
(Vuelven á llamar.)
¡Llaman otra vez! ¡Ah! Sálvale.
PEPE. Ramos, por esta escalera
sube... y descansa.
RAM. ¿Es alarde
de nobleza, ó es ficción?
PEPE. ¡Ficción yo!
RAM. Porque...
PEPE. No hables
más, arriba está mi hijo,
inocente como un angel;
si ves en mí una acción mala,
sin más miramientos, mátale.
(Ramos sube la escalera y entra en el pajar.)

ESCENA VII

DICHOS y MARIANO

MAR. (Saliendo asustado de su habitación, vé á Ramos subiendo la escalera y exclama:)
¡Pepe! ¡Pepe!... ¡Aháa!
PEPE. ¡Tú aquí!
CLAU. Hermano, vuelve á tu cuarto.
MAR. ¿No has visto?
(Señalando aterrado hacia la escalera.)
PEPE. Ni tú tampoco.
No hemos visto nada, ¿estamos?
(Vuelven á llamar.)
Abre, Claudia.
MAR. Pero....
PEPE. ¡Chist!

MAR. (¡Ay, Dios mío, aquí pasa algo!)
muy grave.)
PEPE (Acercándose al foro.) Pasad, amigos.
BEL. Pero ¿estábais levantados?

ESCENA VIII

DICHOS, BELTRAN y CUEVAS, con traje de voluntarios liberales.

Esperad aquí vosotros (En el cobertizo.)
por si hace falta, muchachos,
que para ver lo que hay dentro
con Cuevas y yo bastamos.
(Entran Beltran y Cuevas, mirando con receloso ademán á Pepe, á Claudia y á Mariano.)
A todo esto, buenas noches.
PEPE Hombre, ya os las he dado.
BEL. Parece que estáis así...
confusos, atolondrados;
¿qué cosa tan rara es esta?
Pepe, ¿qué dices?
PEPE No acabo
de entender esas miradas,
ni ese tono tan extraño.
¿Desde cuando aquí, en mi casa,
entráis con ese aparato?
CUE. Pepe, el asunto es muy sério.
PEPE Y tan sério; tú, Mariano,
y Claudia, pasad ahí. (Al cuarto de Mariano.)
MAR. (Claudia, yo me pongo malo.)
Claudia y Mariano entran en el cuarto de éste.)

ESCENA IX

PEPE, BELTRAN y CUEVAS

BEL. (A Cuevas.) Ya veremos lo que dice.
PEPE Vamos á ver, compañeros;
yo soy Pepe, el que esta tarde,
dándoos á todos ejemplo,
el primero en el ataque
luché como honrado y bueno,

metiéndome entre las masas
carlistas, con el deseo
de hallar á su cabecilla
cara á cara y cuerpo á cuerpo.
El que todos abrazásteis
cuando salieron huyendo
y el que habéis felicitado
vosotros y todo el pueblo.
¿No es así?

BEL. Eso es verdad;
bien tu valor conocemos,
y el entusiasmo que tienes
por la libertad; por eso
nos ha extrañado, al entrar
aquí, ver cierto misterio,
y algo así... como disgusto
que, en verdad, no comprendemos.

PEPE Disgusto quizás lo tenga,
mas no por vosotros.

BEL. Eso
ya es otra cosa. Pues bien,
entonces, amigo, hablemos
en plata.

PEPE Habla lo que quieras.

BEL. El cabecilla funesto
que por una delación
veníamos persiguiendo,
ese Ramos miserable,
tan cruel como sangriento,
que hace cuatro años es
el espanto de estos pueblos,
está aquí, en tu misma casa,
sin duda sin tú saberlo,
mas quizás favorecido
por tu cuñado.

PEPE No es cierto.

BEL. Pepe, tú eres noble y franco.

PEPE Precisamente por eso
no quiero que á mi cuñado
se le mezcle en este enredo.
Ramos está aquí.

BEL y CUE. (Abrazándole.) ¡Ah! ¡Bravo,
Pepe!

BEL. ¡Ya lo tiene preso!

PEPE ¡Alto! Nada de prisión.
CUE. ¿Qué dice?
BEL. ¿Eh?
PEPE Váis á saberlo.
Un hombre llamó á mi puerta
hospitalidad pidiendo,
se la dí, en mi casa entró,
y en ella está.
BEL. Pero eso,
¿qué quiere decir?
PEPE Pues dice
que yo el amparo le debo.
Que mi casa no es el campo
de batalla, sino un templo
donde la hospitalidad
tiene esta noche su asiento.
BEL. Hombre, deja esos romances,
sólo propios para cuentos
de viejas, y venga ese hombre.
PEPE ¿Romances?
BEL. ¡Pues ya lo creo!
PEPE Bien; si la hospitalidad,
virtud que en todos los tiempos
fué adorno de grandes almas
y de generosos pechos,
es para vosotros cosa
de romances y embelecos,
me es igual; tanto peor
para vosotros; mantengo
mi romanticismo, ¿estamos?
y á mi huesped le defiendo.
BEL. Pero, hombre, ¿estás loco?
PEPE Aunque
lo esté, merezco respeto.
BEL. ¡Eh! Basta de tonterías,
y pues traes á este extremo
la cuestión, yo soy tu jefe,
aquí voluntarios tengo,
y... ó me dejas paso franco,
ó con todos ellos entro
á hacer registro en la casa
y en donde le halle lo prendo.
PEPE ¿Registrar? ¿Y para qué?
¿Dónde está queréis saberlo?

Pues aquí en el pajar.

BEL. ¡Pepe!

PEPE Lo que estás oyendo.
¿Y qué? ¿Quién va á entrar aquí?

BEL. No te pongas tan soberbio,
que tu valor, con ser mucho,
no asusta á tus compañeros.
Ya sabes quién es ese hombre...

PEPE Lo sé, y que le aborrezco
lo sabes tú igual que yo;
pero aprovecharnos de estos
instantes para matarle
ó entregarle prisionero,
sería una cobardía
infame, un acto perverso,
que un hombre honrado no puede
cometer; tiempo tendremos
para buscarle en el campo.

CUE. Tiene razón.
(Adelantándose á Pepe y abrazándole.)

BEL. (A Cuevas.) ¿Tú crees eso?

CUE. Pepe, tu hermosa nobleza
debe servirnos de ejemplo.
Beltrán, estoy á su lado.

BEL. ¿Sí? Pues entonces no hablemos
más.

CUE. ¡Pues claro!

BEL. ¡Quiera Dios,
Pepe, que tengas el premio
que tu nobleza merece.

CUEV. Y así será.

BEL. Pero creo
que te pesará algún día
grandemente.

PEPE Ya veremos.

BEL. Adiós, pues.

PEPE No, Beltrán; antes
bebamos un trago.

BEL. Bueno.

PEPE (Acercándose al cuarto de Mariano)
Claudia, dános de beber.

ESCENA X

DICHOS, CLAUDIA y MARIANO asomándose á la puerta sin atreverse á salir

MAR. (¡En qué habrá quedado esto!)
(Se oye tronar suavemente.)
BEL. A la salud de tu esposa.
PEPE A la de mis compañeros. (Beben.)
CLAU. La tempestad continúa.
¿Por qué en lugar de ir al pueblo
no esperan aquí que escampe?
BEL. No, no, tenemos dispuesto
cerca de aquí un cobertizo
con buena cena.
(Brilla un relámpago y se oye un trueno muy fuerte.)
MAR. (Aterrado.) *¡Laus Deo!*
¡Santa Bárbara bendita!
BEL. ¡Camaradas, vaya un trueno!
CUEV. Pues el rayo ó la centella
no debe haber ido lejos.
BEL. Vaya, chico, hasta mañana;
hora es ya que descansemos.
PEPE Adiós.
CUEV. Adiós, y lo dicho.
Pepe, Dios te dará el premio.
(Vanse precedidos de Pepe, que les abre la puerta.)

ESCENA XI

CLAUDIA, MARIANO y luego PEPE

MAR. (Sale y corre al lado de su hermana.)
Hermana, ¿sigue aquel hombre
en el pajar?
CLAU. Sí, tal creo.
MAR. ¡Al lado del niño!
CLAU. Ahora,
cuando venga Pepe, iremos
á traerle á nuestro lado.
MAR. Perfectamente, con eso
estaremos aquí todos
juntitos.

PEPE (Entrando.) Gracias al cielo
ya podremos descansar.

CLAU. ¡Ay, Pepe!
(Aterrada porque ve humo que sale por la puerta del pajar é inmediatamente fuego.)

PEPE ¡Qué tienes!

CLAU. (Gritando.) ¡Fuego!

PEPE ¡En el pajar! ¡Dios me valga!

PEPE (Corre á la escalera; pero al poner el pié en el segun- peldaño cae la escalera y se ven salir las llamas por la puerta del pajar.)

CLAU. ¡Hijo!

PEPE ¡Rayos del infierno!

RAM. ¡Por la ventana de afuera! (Dentro.)
(Pepe corre al foro, Claudia tras él y al abrir la puerta ven al niño.)

PEPE ¡Hijo! (Coge el niño y el trae á escena.)

CLAU. ¡Ah, Divinos cielos!
(Los dos se arrodillan abrazando y besando al niño. Pausa.)

MAR. ¡Bien, bonita situación;
con tan gracioso argumento
cualquiera escribe una obra
en los tiempos que corremos!

CLAU. ¡Papel, con lápiz escrito!
Lee.

PEPE Veamos qué es esto.
«Un rayo incendió el pajar, (Leyendo.)
Pepe, la vida te debo;
quiero ser tu fiel hermano
y te daré pruebas de ello.
Perdón, Pepe, abrázame
y lo pasado olvidemos.»

CLAU. La vida de nuestro hijo
salvó el agradecimiento:
una acción noble y honrada
siempre obtiene justo premio.

FIN

OBRAS DRAMATICAS ORIGINALES DEL MISMO AUTOR

ESTRENADAS CON EXITO EN LOS TEATROS DE MADRID

Una carta de la Habana, comedia en un acto, verso.
La familia H, idem, id.
Hallazgo horrible, idem, verso y prosa.
La muerte de Viriato, tragedia en un acto, verso.
Armas prohibidas ó el conde del Tomate, juguete cómico en un acto, prosa.
El amor de un boticario, idem, id., verso.
El nuevo ministro, idem. id., verso.
Los hijos del 2 de Mayo, drama en dos actos, verso y prosa.
La mano del Diablo, comedia en un acto, prosa.
Melonini I, caricatura bufa en un acto, verso.
Don Blas el zapatero, juguete cómico en un acto, verso.
El Indiano, juguete cómico lírico en un acto, verso, música del maestro Scarlatti.
El Quinto, idem, id , id.
La vuelta del soldado, idem, id., id.
Los Hambrientos, idem, id., id.
La coqueta, idem, id., id
Amor musical, idem, id., id.
El Anónimo, idem, id , id.
El toro bípedo, idem, íd., íd.
La flor de Mataporquera, comedia en un acto, verso y prosa.
El Buey de oro, idem, id., verso.
La Camisa de once varas, idem, id., prosa.
El Doctor Gorrilla ó nadie se muere hasta que Gorrilla quiere, caricatura bufo-farmacéutica lírico-bailable en un acto, verso y prosa.
Los dos Gorrillas, bufonada en un acto, verso.

La Hidroterápia ó el Médico del agua, juguete en un acto, prosa.

Ganar la Plaza, idem, id. (1)

El Soberano de Babia, zarzuela bufa en un acto, música del maestro Taboada.—Prohibida por el Gobierno.

Un gatito de Madrid, juguete lírico en un acto, música de D. Rafsel Taboada.

Isabel y Marsilla, id , id.

El señor Gallina, zarzuela en un acto, prosa.

Fruta prohibida, id. en verso, música del maestro Padrón.

Un pretexto, id. en verso y prosa música del maestro Taboada.

La Hospitalidad.—Episodio dramático en un acto y en verso.

OBRAS NO DRAMATICAS DEL MISMO AUTOR

Arderíus en camisa.—Viaje aéreo bufo-fantástico. Un tomito en 4.º—Editor, Rodríguez, edición de 1870.

El melonar de Madrid.—Semblanzas en verso. Un tomito de 400 páginas. —Editor, Miguel Guijarro; edición de 1875.

Un reo de muerte.—Novela en dos tomos con 1.290 páginas.—Editor, Rodríguez; edición de 1877.

Figuras y figurones.—Biografías de los hombres que más figuran en España.—1.ª edición. Dos tomos en folio, con 3250 páginas; edición de 1876.

Idem, id.—2.ª edición. Van publicadas hasta la fecha, Abril de 1891, 45 tomos en 4.º menor.

Los Maricones.— Novela; un tomo con 300 páginas.

---

(1) En pleito.—Esta obra sufrió extravío en el Teatro, en 1870, con el título *Entre París y Versalles,* y un tál Bernardo Bueno la vendió, según parece, como suya, bajo el título de *Ganar la Plaza,* con cuyo nombre se ha representado muchas ve es, hasta que su verdadero autor y propietario ha reclamado á los Tribunales.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranza, sin cuyo requisito no serán servidos.